

París, enero — mayo de 1936

Elena Dancausse había conocido a Gerda Taro con el nombre de Gerta Pohorylle cuando hacía poco que ella había dejado de usar el Vega, su apellido paterno. De eso hacía ya un año. Febrero de 1936 quedaba tan lejos como los más de 1000 kilómetros que separan París de Madrid. Las dos muchachas habían conectado enseguida. Después del tercer día en el que Gerda se sentó en la misma mesa del café de André empezaron a intimar. A primera vista eran parecidas, no muy altas, rubias, de cara fina y gestos nerviosos e impacientes. Cuando llegaba Gerda, Elena pedía dos cafés a su tío, cogía una bandeja de croissants recién hechos y se sentaba a su lado.

Venía siempre pronto, cuando aún no había mucho jaleo y podían hablar tranquilamente. Lo hacían en francés, esa lengua que sin ser la de ninguna de las dos, las unía. Gerda tenía un marcado acento alemán. Elena balanceaba las frases, aplicando un tono cantarín, alegre y cálido como el sol de la Sevilla donde había nacido y vivido durante sus primeros veinte años, justo hasta hacía unos meses.

El idioma era herencia de su madre, una joven francesa que estando de visita en el norte de África conoció a su padre y se casó con él. También había heredado el pelo rubio, aquella mirada soñadora y la pasión por la pintura que le había servido de excusa para viajar hasta París. Su madre había muerto hacía un par de años, agotada por la enfermedad y por un matrimonio que nunca fue como imaginó. Aquel joven oficial español con el que se casó, vital, jocosos y divertido que la hacía reír con su acento andaluz y su desparpajo se había ido agriando como el vino mal conservado. Sobre todo, después de que volvieran a la península tras la masacre de Annual. Entonces Elena tenía cinco años y su madre esperó durante días noticias de su marido, pensando en lo peor y oyendo las atrocidades que los rifeños cometían sobre los soldados españoles. Fermín Vega apareció con barba de muchos días, la derrota sobre la espalda y el horror impreso en los ojos. El ultimátum fue claro: se iba de África con él adonde lo destinasen; sola, volvería a París donde su hermano André acababa de abrir un café. Se instalaron en Sevilla y Fermín Vega nunca volvió a ser el mismo.

Ambas mujeres eran jóvenes y, cada una a su manera, exiliadas. Gerda había huido de Alemania perseguida por los nazis. Era difícil ser judía y de izquierdas en el Leipzig de los años 30. Elena dejó Sevilla camino de París buscando respirar nuevos aires junto a su tío. Tras muchas discusiones, pudo convencer a su padre para que la dejase marchar de aquella casa de patio y paredes anchas donde se sentía consumir abrumada por el ambiente cerrado de

la buena sociedad sevillana; necesitaba huir de la ciudad de muros de cristal que la ahogaban tal y como ocurrió con su madre. André había ido a buscarla y su padre se quedó sin argumentos para no dejarla marchar. A principios de noviembre de 1935, montaron en un tren hacia Madrid y de ahí, a Francia. André sonreía satisfecho mientras avanzaban hacia el norte a través del paisaje, primero interminable de olivos andaluces y, luego, también infinito de la llanura castellana. Durante el trayecto no podía dejar de mirar a su sobrina; se parecía tanto y cada vez más a su hermana. Nunca le gustó su matrimonio y le dijo una y mil veces que volviese con él a París. Los hermanos habían estado muy unidos, no en vano, Ann era su hermana mayor, apenas cinco años, pero ejerció de protectora y apoyo cuando su homosexualidad era ya algo tan evidente que no merecía la pena seguir ocultándolo. Ahora se llevaba a la niña, a esa niña que era fruto de un matrimonio que parecía formar parte de la tradición tácita que arrastraban las mujeres Dancausse y que consistía en unos casamientos descabellados precedidos de un enamoramiento loco y eterno a prueba de bombas, distancias y desengaños. En las reuniones familiares de su infancia se recordaba la historia de aquella tía abuela que lo había dejado todo por un capitán de cosacos al que había conocido en un viaje a Moscú y con el que acabó sus días siguiéndolo por todo lo ancho y largo de la estepa siberiana de una guarnición a otra y de borrachera en borrachera.

Elena iba a París y allí estudiaría pintura. A partir de enero comenzaría un curso en la Escuela de Bellas Artes, además, en el establecimiento de su tío no faltarían pintores que pudiesen ayudarla y aconsejarla. El barrio latino era el lugar de reunión de cientos de artistas verdaderos y supuestos que poblaban las calles de la capital de Francia y que eran conocidos como bohemios, que era otra forma de llamar al grupo de jóvenes, hambrientos las más de las veces, que no conseguían tener caliente nada más que sus cerebros. Después, en mayo, viajaría a Madrid donde continuaría sus estudios; esa era la condición que había puesto su padre temiendo que si se instalaba definitivamente con su tío no volvería jamás a España.

La calle Monsieur—le—Prince en pleno Barrio Latino le gustó enseguida; le parecía acogedora, con sus escaparates de libros, sus bicis aparcadas y los hoteles de medio pelo que admitían residentes, todo impregnado por la cercanía del río cuya orilla izquierda era accesible con sólo seguir el Boulevard Saint—Michel y desde la que se podía admirar Notre—Dame emergiendo desde la niebla que desprendía el Sena. Sólo el frío, húmedo y cortante, le hacía añorar las temperaturas mucho menos rigurosas del invierno sevillano. Por lo demás, disfrutó pintando y aprendiendo con las visitas al Louvre y su pase de copista con el que podía instalarse los días que no tenía clase y pintar aquellos cuadros que le recomendaban sus profesores; de algunos hacía sólo un bosquejo, otros los copiaba con fruición y en detalle, pero el cuadro que de verdad la cautivó fue

la “La libertad guiando al pueblo” de Delacroix: el rostro del personaje de la izquierda, con sombrero de copa la fascinó; le resultaba atractivo con aquel tono de piel moreno, la nariz afilada y unos ojos negros teñidos de miedo, como los de un niño. También la inquietaba. Empuñaba un arma pero no lo hacía con la profesionalidad propia de un soldado; lo hacía por necesidad, casi por casualidad, tanto como verse al frente del avance tras la Libertad que lo mira y lo incita a seguir adelante. A Elena, estos personajes le resultaron familiares, cercanos — quizá porque todos los pueblos luchando por la libertad se parecen— le comentó André cuando le habló del cuadro.